

# ESPAÑA EVANGÉLICA

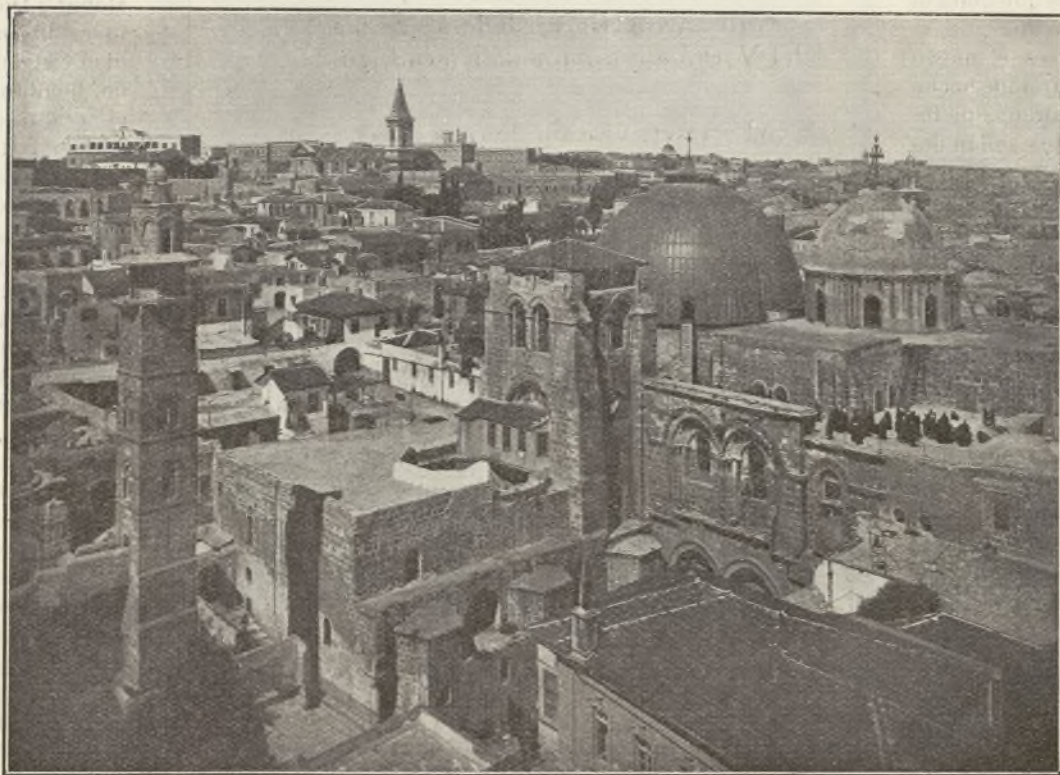
AÑO VIII.

Madrid, 14 de Abril de 1927.

NÚM. 377.

„PRESSA“  
SECTOR SPANIEN

## JERUSALEM



¡Jerusalem, Jerusalem!, la que mata a los profetas y apedrea a los que a ella son enviados; ¡cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos bajo las alas, y no quisisteis!

*Eváng. San Mateo XXIII, 37.*



# « ¡ H O S A N N A ! »



El sufrido pueblo judío recibía siempre con entusiasmo la proximidad de sus fiestas en Jerusalem, en la esperanza de oír a algún profeta que les hablase del Mesías y su reino venidero.

Como tres años hacía que habían visto aparecer en las riberas del Jordán un hombre vestido de pieles de camello, con ceñidor de cuero alrededor de sus lomos y presentándose como «la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor». Éste contempló los cielos abiertos y al Espíritu de Dios descender sobre Jesús, y ya no cesó de dar testimonio, señalando al humilde Nazareno como «El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo».

Desde entonces, el nuevo profeta de Nazaret fué hecho el hito de las miradas de todos. Unos a otros solían decirse: «Juan, a la verdad, ningún milagro hizo; pero cuantas cosas dijo de éste han sido cumplidas». Y en verdad que su doctrina, la más sublime que oídos humanos oyeran, era constantemente sellada por medio de milagros portentosos, a fin de dar a todos la evidencia de que Él era el verdadero Mesías.

Curaba enfermos y paralíticos al simple imperio de su voz; mandaba con dominio a los elementos; subyugaba los espíritus de endemoniados y sujetaba, a sí, la misma muerte.

Así, pues, no es de extrañar que, en menos de tres años, su fama hubiera podido llegar a los más apartados rincones de la Palestina, y que de labios de casi todo el pueblo saliese entusiasta y delirante aquella sincera y cordial alabanza: «Un gran profeta ha aparecido entre nosotros; Dios ha visitado a su pueblo».

El año último del ministerio de Jesús un hecho había atraído, de un modo especial, la admiración de muchos judíos hacia su persona. Lázaro, el hermano de María y Marta, por quienes el Rabi de Nazaret sentía especial afecto, enferma y muere. Cuando el tierno y compasivo Amigo, rodeado de sus discípulos, llega a Betania, Lázaro lleva cuatro días en el sepulcro. Cerca del lugar es recibido el Maestro por una multitud de judíos que aquel día subieran a consolar a las hermanas de Lázaro. Pide ser conducido

adonde el muerto está sepultado; y al mandar que quitasen la piedra, por breves momentos deja suspensa a la muchedumbre inquieta al elevar sus ojos al cielo y pronunciar aquella hermosísima plegaria: «Padre, gracias te doy, que me has oído... mas lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que Tú me enviaste». Después, al simple imperio de su voz, el que había muerto salía vivo del sepulcro. Veloz, como un relámpago, corrió la noticia por

esperaba el más horrible y vergonzoso tratamiento por parte de su pueblo. Mas teniendo que dar antes entero cumplimiento a todas las profecías tocante a su persona, hizo alto en el Monte de los Olivos, y manda a sus discípulos le trajesen un pollino de la aldea contigua, sobre el cual, habiendo echado los discípulos sus mantos, Jesús se sentó. Como estaba escrito: «Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalem: he aquí tu Rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, así sobre un pollino hijo de asna».

Ante aquel cuadro, lleno de singular enseñanza y belleza, la compañía de los discípulos, gozándose sobremedera, tendían sus capas por el camino y comenzaron a alabar a Dios en alta voz por todos los milagros que habían visto, diciendo: «Hosanna; bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel». (Este «Hosanna», que había empezado significando: «Salva, te suplicamos», era ya una aclamación mesiánica, un «Viva el Rey», una súplica a Dios para que prosperase a su Cristo.) Otros, echaban follaje que cortaran en los campos; y los que iban delante, y los que venían detrás, clamaban: «Hosanna. Paz en el cielo y gloria en lo altísimo».

Y ya en las puertas de la ciudad, muchos de los que estaban con Él cuando llamara a Lázaro del sepulcro, oyendo que Jesús venía, tomando hojas de las palmeras, salieron también a su encuentro, gritando: «Hosanna. Bendito el reino de nuestro padre David que viene. Hosanna en las alturas».

Y pasando por medio de toda la ciudad, conmovida, entró en el templo, revisando sus dependencias como Gran Rey; mientras que los niños, gritando aún, le seguían, diciendo: *Hosanna al hijo de David*.

Tal fué, conforme las sagradas letras nos la muestran, aquella entrada triunfal de Jesús en Jerusalem.

Día glorioso y de imperecedero recuerdo para la Iglesia de Cristo es el comúnmente conocido con el nombre de «Domingo de Ramos», y nos ofrece a todos los cristianos lecciones espirituales de un gran valor.

No son encaminadas a que reproduzcamos tan singular escena, por medio de una representación visible más o menos

## A SAN JUAN EVANGELISTA

Del águila caudal tienes las alas;  
del sol, la luz que brota de tu pluma,  
y es tu Evangelio verdadera «Suma»  
del Verbo eterno que al Eterno igualas.

Al mirarte vestido de esas galas,  
tu grandeza titánica me abruma;  
que ni vate ni oráculo presume  
escalar las regiones que tú escalas.

Siento envidia de ti, que te has llamado  
«discípulo que amaba el Amor mismo»,  
quedándote en su pecho reclinado.

¿Te asomaste a la llaga del costado?  
Dime, Juan: ¿sondeaste aquel abismo?...  
— Sí; allí vive el Amor que no es amado...

AGUIRRE DE ZABALA.

Jerusalem y sus alrededores. De todas partes venían presurosos a visitar al resucitado; y ante aquella señal irrefragable, muchos creyeron en Jesús.

Seis días antes de la Pascua, como el Rabi cenase juntamente con Lázaro, una gran multitud de judíos que habían subido de aquel distrito a Jerusalem para purificarse, sabedores de que el Maestro estaba en Betania, fueron en su busca, no solamente por Él, sino también por ver al resucitado de entre los muertos. No es, pues, de extrañar que, al disponer al día siguiente Jesús su subida a Jerusalem, se le vea rodeado y seguido de un gran cortejo de judíos, además de la compañía de sus discípulos y de sus fervientes galileos.

Iba, pues, el gran Profeta delante de la multitud camino de la ciudad, donde le



religiosa, compuesta de ritos y ceremonias. Otras más ricas y espirituales enseñanzas quiere el buen Jesús que saquemos del recuerdo de tan fausto día.

Es una, la preparación de nuestras almas para una íntima y triunfal recepción de su Espíritu en nuestros corazones.

La otra será declararnos, por medio de una sincera consagración, fieles servidores de su causa en este mundo de impiedad, aborreciendo nuestra vida y conservándola sólo para vida eterna.

A la manera que aquellos discípulos y entusiastas seguidores, llenos de gozo, aclamaban y le recibían sin miramientos humanos, ni miedo al qué dirán, de príncipes y sacerdotes, cortando ramos y palmas y despojándose de sus vestidos, que ponían a su paso en señal del más rendido vasallaje; así nosotros, saltando por encima de todo respeto y miramientos humanos, debemos aprestarnos en este día a recibir, en espíritu y en verdad, al Manso y Humilde de corazón en lo más íntimo de nuestro ser, talando de antemano, por medio del arrepentimiento y de la oración, el embarazado ramaje de nuestras viejas pasiones y desprendiéndonos del *yo*, del pesado *ego* que nos agobia, hasta dejarlo del todo humillado a los pies de Jesús.

Entregados por la fe a la acción de su Gracia, permitiendo que su santidad llene nuestras vidas, pronto sentiremos los efectos de la promesa que este día de triunfo nos recuerda: «Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará». Glorificó Jesús a su Padre obedeciéndole, confesándole entre los hombres, dándose a sí mismo para la obra de nuestra redención, y su Padre le exaltó hasta lo sumo. Nosotros, siguiendo sus pisadas, seremos glorificados.

Glorificados en esta vida, apareciendo en nuestra condición privilegiada de «luz del mundo» y «sal de la tierra», en medio de los que están sentados en tinieblas y sombras de muerte. Y glorificados de un modo especialísimo, al ser transformados y hechos participantes con Cristo, de la inmarcesible Gloria Divina. Entonces nos veremos entre aquella inmensa multitud que, en la celestial Jerusalem, con voz como de fuertes aguas, aclamara a Cristo por Rey de reyes y Señor de señores, «El Verbo de Dios».

PEDRO FRANCO

**Este número ha sido revisado por la censura.**

## Relación oficial del proceso de Cristo.

**L**A relación de Poncio Pilato al Emperador Tiberio sobre el proceso y condenación de Jesús, que se afirma haber sido hallada en los Archivos del Vaticano, ha recibido amplia publicación y ha ocasionado muchas discusiones en los círculos eclesiásticos. No es posible decir actualmente el valor que puede tener como documento histórico, pero por cierto es un documento interesantísimo.



EL DISCÍPULO AMADO

he guiado por aquella política, tan importante en la colonización, de evitar toda intromisión en los asuntos privados de los gobernados.

»Una sola vez me he apartado de la política de no intervención de que hablo, y es en este caso de Jesucristo, en cuyo caso tanto los conservadores como los liberales me han pedido su condenación.

»Admito que cuando le vi me impresionó favorablemente. Conozco bien a los hombres y comprendí que Jesús no era un hombre vulgar. Me escribís que os ha sido representado como un hombre peligroso; no había nada peligroso en él. Tenía un aspecto tranquilo y amable y una manera tal de expresarse, que demostraba ser un orador. Escuché gustosamente sus teorías, que eran más bien filosóficas que políticas, y no hallé motivo para condenarle.

»Como mi oficio me da el derecho de determinar finalmente en cuanto a la pena capital, dije a sus acusadores, que se hallaban presentes: «No hallo ningún mal en este hombre». Esto suscitó un sentimiento general, y hallé que la opinión pública había llegado a tal grado contra el acusado, que su condenación sería lo único que les satisfaría. Traté de ganar tiempo, remitiendo el asunto a Herodes, pero Herodes me lo devolvió en seguida. Después de haber hecho todos los esfuerzos posibles por salvar al hombre de los clamores de la multitud, me vi obligado a someterme.

»La ejecución del agitador tuvo lugar en el Gólgota; se mantuvo el orden con una

guardia de soldados romanos, e hice cuanto estaba en mi mano por aliviar la angustia de los parientes y amigos del hombre condenado.

»He ahí en resumen lo que ha pasado. Estoy convencido de la inocencia del hombre; fué condenado injustamente, y nos hallamos frente a frente de un error judicial. ¿Sería equitativo reveer el caso? Sí. ¿Sería prudente hacerlo? No. La revisión del caso no restauraría la vida al muerto y si arruinaría a un vasto número de eminentes ciudadanos y encumbrados funcionarios: pondría en desgracia a los jueces que lo juzgaron precipitadamente, a los sacerdotes que sancionaron la ejecución y a los directores de la opinión pública que engañaron al pueblo.»

He aquí una traducción de sus partes más importantes:

«Poncio Pilato a Terencio Clarus, secretario del Emperador Tiberio, salud.

»Estoy asombrado de la sensación creada en Roma por el proceso de Jesucristo. Por cierto que el incidente en sí mismo no es de tanta monta como para llamar la atención del Emperador, aunque algunos envidiosos se han servido de él para desacreditarme ante mi Señor. Pedís que justifique mi conducta en este asunto, y por eso os envío esta relación.

»En primer lugar, niego haber comprometido la influencia romana por mi comportamiento en este desgraciado suceso. Se ha respetado todo lo que concierne a la religión del pueblo conquistado y me



# «EJEMPLO OS HE DADO»

**L**AS bellezas pictóricas que nos ha legado el arte católico nos hacen contemplar, radiante de gloria y majestad, la adorable figura de Nuestro Señor y Salvador Jesús. Llevados del prejuicio teológico-escolástico (el esencialmente romanista), han fijado los artistas su atención, dentro del relato bíblico de la Santa Cena, en el momento que un predicador celebrísimo (1) llamó «el más divino de los momentos en la vida humana del divino Jesús»; y raro es el museo que no tiene entre sus obras de gran mérito un cuadro de «La Cena», entre los que, como obra príncipe, descuelga la del gran Leonardo de Vinci. Mas entre las muchas obras de Rubens, «El Greco», Tiziano, Ribera, Velázquez, Van Dick, etc., contadas son las que se han dedicado a trasladar al lienzo la humildad sublime de Cristo, en lo que sin temor alguno podemos llamar «el más cristiano momento de la vida de Cristo». El relato bíblico está bien claro: el evangelista filósofo se ha recreado al consignar con minuciosa prodigalidad los detalles: la humildad, la caridad, el amor de Nuestro Amado Jesús; la obediencia de los Apóstoles, la material desobediencia del hijo de Jonás... y el momento histórico aparece radiante de espiritualidad divinizada... pletórica de sentidas e incógnitas emociones.

¡El gran momento del Gran Jesús! — Para nosotros, los evangélicos, «el gran momento»; para los católicos, «uno de tantos momentos». Para los que conservamos siempre vivos, en virtud a la lectura, relectura y meditación de la Divina Palabra, los momentos culminantes de la vida del Divino Maestro de los siglos, aparece *Cristo-Hombre* humillado a los pies de los pescadores, toscos, ignorantes... y éste es el gran ejemplo de vida cristiana práctica. Pugna e insiste por lavar los pies... al que dudó de su poder al andar sobre las aguas, al que lo había de negar... más... al que tramaba en su contra la traición y felonía más incalificable...

El *Cristo-Hombre*, así voluntariamente humillado no ha dejado, sin embargo, de ser el *Cristo-Dios*; y concluida la cena

aparece como tal: Maestro y Señor, Legislador y Fundador de la doctrina salvadora; habla con mesura y firmeza, con tesón y cariño, con mandato amoroso, como palabras augustas que contienen su expresión de última voluntad: «Ejemplo os he dado para que, como Yo os hice, así también vosotros hagáis».

El gran ejemplo, el gran mandato, la gran expresión de última voluntad del Amante de la Humanidad, del Reformador de la Sociología universal, del Pro-

nos, a no dudarlo, bebieron directamente en las fuentes teológico-romanistas. ¿Pero cuántos en la Sagrada Escritura? ¿Y como habían de fijarse, como tema de su meditación espiritual y artística, en un tema que horriblemente disuena del fausto pontificio, del bélico estruendo de Basílicato, entre güelfos y gibelinos y en defensa del dominio temporal?

La ambición insaciada de hegemonía universal sobre Estados y gobernantes, ¿es consecuencia del gran mandato cuyos ecos resuenan multiplicando infinitamente su intensidad a través de tiempos y espacios?...

No juzguemos para que no seamos juzgados; pero meditemos las lecciones saludables de la Historia. Y bástenos a nosotros, los cristianos verdaderos, practicar siempre la enseñanza de este hecho, obedecer fielmente este mandato, cumplir con reverencial cariño la expresión de última voluntad del que pasó por la tierra haciendo bien, del que habló como nunca habló otro hombre; del que verdaderamente era Hijo de Dios; del Primogénito entre muchos hermanos, los cristianos todos, y Único Medianero entre Dios y los hombres.

Seamos humildes, caritativos y amantes de nuestro prójimo. Él lo mandó; respetemos su última voluntad. Obedezcamos a Dios, y sea el constante incentivo de nuestra vida espiritual el eco de amor, la recomendación fraternal, la tesis doctoral del Gran Maestro: «Ejemplo os he dado, para que como Yo

os hice, así también vosotros hagáis».

JOSÉ GARCÍA FERNÁNDEZ



Lector amado, que no pasen fríamente sobre tu alma los importantísimos recuerdos de estos días. Cuando, insensato, vayas a llevar a tus labios la copa de la iniquidad, acuérdate del amor inmenso de Jesús, acuérdate de sus compasiones, abre tu corazón, y recibe en él la sangre que con tanto amor vertiera. Cuando, por un lado, tu enemigo, Satanás, te sugiere el pensamiento de venganza o de lascivia, la palabra de maldición o de blasfemia, y la obra de mal, y, por otro, sientas la voz de Jesús, la voz de su Evangelio, que te grita: detente, ¿a quién escucharás? ¿a quién seguirás?

## EL BESO DE JUDAS

De nieblas misteriosas rodeada  
cuando el astro diurno desaparece,  
una sombra en el huerto se estremece,  
vacilante, y en lágrimas bañada.

Dirige al cielo ansiosa la mirada,  
surge la estrella, cuyo brillo ofrece  
la muestra de un amor que se oscurece  
ante el sufrir de un alma acongojada.

Lloraba con acento doloroso,  
y la brisa llevábase consigo  
los gemidos en vuelo silencioso.

Sangre vierte su rostro compasivo...  
y anhelando en su angustia dulce amigo,  
el beso de un traidor le hace cautivo.

J. CHICHARRO DE LEÓN.

pulsor de aquel movimiento evolutivo del Derecho Romano (fuente de las legislaciones actuales), que había de cambiar la *virga férrea* y haces litorales en el trato caritativo a los esclavos que, libertos después de su manumisión, entrarían al goce de los derechos civiles.

¿Por qué los genios del arte no contemplaron así a Jesús en su locura artística?... Y ¿qué culpa tienen ellos? Vivieron en medio de una sociedad *cristiana*, profesando una religión *cristiana* en que se ha perseguido hasta la simple lectura del Sagrado Volumen; meditaban la vida del Señor Jesús a través del prisma montado por el Padre Tal o por Fray Cual, que en sus escritos y discursos involucraban la sublime sencillez de los relatos evangélicos con las elucubraciones estúpidamente intrincadas de la teología católica. Algu-

(1) P. Félix, sermones en N. Dame de París.





(Cuadro de Enrique Bloch.)

### JESUS EN GETHSEMANÍ

«Y puesto Jesús de rodillas oró, diciendo: Padre, si es que quieres, pasa este vaso de mí; empero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y le apareció un ángel del cielo confortándole. Y estando en agonía, oraba más intensamente; y fué su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra.»

*Evangelio San Lucas, XXII - 41-44.*



# «NO ME LLORÉIS A MÍ»

**E**l llanto, hijo del dolor, nos acompaña por todas partes. Nacemos llorando y llorando morimos. Son las lágrimas, como dijo ya el real profeta, nuestro pan de cada día, y «antes que mi pan viene mi suspiro, y mis gemidos corren como aguas», que decía el paciente Job. Son las lágrimas y el dolor la triste consecuencia del pecado. Dios, que había creado al hombre para el gozo y la alegría perdurables, tuvo que fulminar contra él y su descendencia, por el pecado de desobediencia, el terrible fallo: «con dolor comerás de la tierra... en el sudor (que es llanto también) de tu rostro, comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra...»

Pero el dolor puede ser fecundo y provechoso. Todo está en que sepamos llorar y lloremos lo que es digno de ser llorado. «Bienaventurados los que lloran, decía el Divino Maestro, porque ellos recibirán consolación.» El gran dolor de la madre al dar a luz a su hijo prodúcelo el gran gozo de que haya nacido un hombre en el mundo, un hombre que puede ser un héroe, un genio y gloria de la Humanidad. «En el mundo, terminaba el Maestro, tendréis aflicción; mas *confiad, yo he vencido al mundo.*»

Y al mundo venció Cristo precisamente con supremo dolor. Contempladle en el huerto de Gethsemani con su alma «triste hasta la muerte» y con aquel «sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra»; vedle poco después entregado en manos de sus enemigos, vendido por su discípulo traidor, negado por otro cobarde y abandonado por todos los demás, y conducido de tribunal en tribunal, y hecho el objeto del más cruel padecer en su cuerpo, en su dignidad, y subiendo luego la empinada cuesta del Gólgota, abrumado bajo el peso enorme de la cruz, donde ha de morir en la flor de su vida... ¡Ah! Jesús podía, con más justo motivo, apropiarse las palabras que el profeta de las lamentaciones pone en boca de la hija de Sión y decir: «¿No

os conmueve a cuantos pasáis por el camino? Mirad y ved si hay dolor como mi dolor...»

Y, sin embargo, Jesucristo, el «despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores», según la triste visión de Isaías, no pide lágrimas de compasión para Él, y al ver a aquellas pobres mujeres que, camino del Calvario, le siguen llorando y lamentándose, vuelto a ellas, les dice: «Hijas de Jerusalem, *no me lloréis a mí, mas llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos...*»

¡Ah!, esta sí que es desgracia digna de

conjuro sobre sí los rayos de la infinita justicia, y por eso el amante Salvador no tiene ya otro recurso que llorar y pedir lágrimas por la desgracia que vendrá al pueblo obstinado y rebelde. No me lloréis a Mí, decía, pues mi dolor y mis sufrimientos han de ser salvadores y preciosos para los que quieran redimirse y ser salvos; mas llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque a todos vosotros alcanzará la triste muerte que os habéis buscado rechazando la gracia de Dios. «Porque he aquí vendrán días en que dirán: bienaventuradas las estériles y

los vientres que no engendraron y los pechos que no criaron. Entonces comenzarán a decir a los montes: caed sobre nosotros, y a los collados: cubridnos.» ¡Terrible vaticinio! Pero ya el Señor lo había antes advertido con tiempo bastante y con interés infinito para prevenirlos y librarles de la desgracia: «Vendrán días sobre ti que tus enemigos te cercarán, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación. Tuya, pues, y sólo tuya es la culpa, ¡oh Jeru-



El Monte de los Olivos. Iglesia de la Ascensión.

(Foto Boyer.)

llorarse con lágrimas eternas: la desgracia que Jesús ve venir sobre aquella ingrata Jerusalem, que antes mató a los profetas y apedreó a los enviados del Señor, y ahora está cebando su furor inexplicable en el Justo y Santo de Israel. ¡Cuántas veces, exclamó un día el mismo divino Salvador, quise juntar a tus hijos, como la gallina sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste! Y otro día, «viendo la ciudad», aquella ciudad que le inspiraba tanto amor y deseo de salvarla a todo trance, ¡lloró sobre ella! Jesús llora con lágrimas de infinita ternura el inmenso dolor, el pecado de Jerusalem y la terrible hecatombe que por su pecado se va a atraer, y como haciendo un supremo llamamiento para salvarla, le dice con todo el ardor de su divino celo: «¡Oh!, si también tú conocieras, a lo menos en *este tu día*, lo que toca a tu paz; mas ahora está encubierta de tus ojos.»

Y esta ceguera, la dura cerviz de aquel pueblo negado a tantas luces, a tantos y tan fuertes impulsos de la gracia divina,

¡Jerusalem! Aprendamos, hermanos, la dura lección. «Dios no puede ser burlado, que todo lo que el hombre sembrare, eso también segará», y si sembramos de lágrimas, con lágrimas de arrepentimiento y a tiempo, buscando al Señor cuando puede ser hallado, recogeremos con regocijo; pero ¡ay de nosotros! si, abusando temerariamente de la misericordia de Dios, aplazamos nuestra conversión y nuestro servicio para cuando se nos antoje o vivimos sin preocuparnos de ella, porque vendrá un día en que «se cerró la puerta», como a las vírgenes fatuas, ¡que no habrá tiempo!, y entonces sí que será el lloro y crujir de dientes ya completamente inútil.

Fijémonos, por último, en aquellas tan significativas palabras de Cristo a las mujeres de Jerusalem: «Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, en el sano ¿qué se hará?» Son reveladoras estas palabras de toda la gravedad del pecado. El pecado es ofensa en cierto modo infinita, pues ataca a la bondad infinita de Dios. Es



tanta su gravedad, que fué necesario nada menos que el sacrificio del mismo Hijo de Dios para reparar el daño del pecado. Y así, el argumento del divino Maestro: si en el *árbol verde*, es decir, en el Justo de los justos, en el Hombre inocente y puro descarga el peso de la divina cólera para la satisfacción de su justi-

cia, ¿qué se hará en el árbol seco, esto es, en el pecador obstinado y seco ya de corazón para sentir la influencia de la divina gracia?

¡Ah!, hermanos, es mucho lo que se aprende a los pies de Cristo padeciendo por nuestros pecados, y será preciso que nosotros no desaprovechemos tan precio-

sas enseñanzas. A la vista y ante la consideración de los dolores de Cristo aprendamos a llorar, más que por Él, por nosotros, que tantas veces fuimos causa de sufrimientos tan crueles. Lloremos nuestro propio pecado y no contristemos más al Espíritu Santo.

AGUSTÍN ARENALES.



(Cuadro de Guido Reni.)

## « ¡ E C C E H O M O ! »



**T**RISTE contraste el que nos ofrecen diariamente las sociedades apellidadas cristianas!

Por un lado, se ufanan mucho de mostrar al mundo de siempre, como Pilato al pueblo judío, la figura excelsa de aquel Hombre singular, a ningún hijo de Adán semejante; y por otro, hacen público escarnio de su doctrina falseándola, de sus máximas desmintiéndolas en la práctica, y de sus imágenes, particularmente estos

días, exponiéndolas a las miradas poco respetuosas del mayor número, y, como en algunas poblaciones de la Península, a una competencia inaudita de lujos vanidosos en los tiernos «Pasos» y de lucro exorbitante para las cofradías y los hoteles.

A esto se llama religión: «debemos dar gracias a Dios por cuanto la fe va creciendo» (2.<sup>a</sup> Tes., I, 3); «aún hay fe en Israel», hemos oído decir muchas veces a clérigos y prelados, embebidos ante el desfile de esas procesiones, extraña cinta de cinematógrafo, que llamaríamos, si

no nos doliera el alma, el Ecce Homo de los apóstatas.

Y es esto cabalmente lo que necesita nuestro siglo, más que ninguno de los pasados: mirar al *Hombre*.

El estrépito de la vida moderna, jauria bullanguera de pasiones a caza de egoísmos, ensordece de tal manera los espíritus, que no oyen ya — escuchar hace tiempo que no se escuchan — las inmortales enseñanzas del Maestro; la preponderancia de la vida material en sus manifestaciones de todo orden cubre, como en una marea viva, los claros espejismos del alma,



tenue arena en que de niños escribíamos el nombre de Dios, y hoy han borrado las olas alborotadas; las supersticiones y fanatismos de que no acierta nunca a despojarse del todo la Humanidad, repugnantes excrecencias del dogma, brotadas, como una infección, en el cuerpo de una Iglesia que pretende ser la única depositaria auténtica de la Verdad divina, han desfigurado y afeado ese místico organismo de Jesús y esparcido sombras aterradoras y densas nieblas en las conciencias, que no dejan pasar a éstas los claros resplandores del divino Sol de justicia y de misericordia, y más de misericordia que de justicia; el clericalismo, en fin, heredero universal y descendiente legítimo de los escribas y fariseos de antaño, desgracia grande de que ya se lamentaba San Jerónimo al decir que su raza de ellos no se había extinguido aún, pues han pasado a nosotros sus vicios; el enemigo más temible de la misma Iglesia, que lo lleva en su seno, al modo que a aquel príncipe la república como una víbora; el antecristo, pensamos nosotros, ha hecho más de una vez que el vulgo ignorante o descreído le confundiera con Jesús mismo, que se queja de ellos, diciéndoles lo que Jacob a Simeón y Levi, sus hijos, por la matanza a traición de los Siquemitas (Génesis, 34): «Irritado me tenéis, porque me habéis hecho odioso a mis enemigos y vuestros.»

Todos hemos puesto nuestras manos en Él: los que, como los infieles de que hablaba San Pablo a Tito (I, 16), confiesan que conocen a Dios pero con sus obras lo niegan; los falsos profetas del pueblo nombrados por San Pedro (II, 2, 1), maestros mentirosos que niegan al Señor, que los redimió; o al revés de los otros del Apocalipsis (II, 13), que llevan su nombre y niegan su fe; o que guardan la palabra, pero niegan su nombre (III, 8); los que a pesar de llamarse del pueblo escogido, al Santo y al Justo negaron (Hechos, III, 14); casa de Israel, casa de Judá, que se dicen a sí propios con privilegio de la exclusiva, y, sin embargo, prevaricaron, negaron al Señor y dijeron no es ese (Jerem., V, 11 y 12); y, aunque sean apóstoles, le niegan, no como Pedro ante el temor de compartir con el Maestro su deshonra, sino como los impíos aquellos de quienes escribe San Judas (IV) que «convierten la gracia de nuestro Dios en disolución», y de los cuales no podría Jehová afirmar por Isaías (LXIII, 8) «son mi pueblo, hijos que no me niegan», sino «el pueblo no suyo que ha de negarle» (Daniel, IX, 26), mientras en sus altares

se siente la abominación... Todos, todos, escarnecemos a ese agosto «Ecce-Homo», vestido de púrpura, no tan rica como la de los prelados que le inciensan; cargado de una pesada Cruz que agobia sus miembros, no tan ligera ni brillante como la que ostentamos colgada al cuello los que decimos predicar o seguir a Cristo, y éste, crucificado; y, finalmente, acompañándole al Calvario para verle morir desnudo, hecho retablo de lástimas y espectáculo de afrentas, sin tener donde reclinar la cabeza sino en su pecho lacerado, los que nos alojamos en confortables, suntuosos palacios, donde nada fal-

yente, porque no se han propuesto a Dios en su presencia (Sal. LIII, 5), sino a sí mismos, infatuados con un progreso material que compromete la paz, por lo mismo que la complica; en una palabra: cada día menos cristianas las sociedades, aunque estén bautizadas, mas no informadas del espíritu de Cristo, repítase hoy la sangrienta escena del Pretorio; si, la historia se repite, sin que por esto deje de ser actual como nunca, la célebre expresión del procurador romano, que consideramos tan profecía como la del Pontífice: *He aquí al Hombre*.

Horrible panorama, que asombro y pasmo nos viene causando a todos en estos tiempos tristes; pero que clama a gritos porque volvamos a Él las miradas. Que no ya el pretor romano, ni el Papa de Roma, ni la ciencia, ni el capital, ni los poderes constituidos, sino una larga y dolorosa experiencia; nuevos ensayos de ateísmo, con estrépito fracasados; las luchas sociales, cada vez más enconadas; las sorpresas, más o menos pavorosas, que nos reserva el porvenir, pero que aparecerán a su tiempo traídas por evolución natural de la Humanidad, que no se para nunca; la Divina Providencia, que vela desde el principio por el hombre, que ha creado, y le atrae a sí más fuertemente que el sol a la tierra; todos esos factores, en suma, a cual más fuertes y necesarios, claman, insistimos, con grandes voces que no pueden perderse en el vacío por lo augustas y lo potentes, encontrándose al Cristo de ayer, de hoy y de los siglos, como la única solución a todos los problemas presentes

y venideros: *¡He aquí al Hombre! ¡Ecce Homo!*

JOSÉ M. GORRÍA.

## ¡OH, CRISTO!

Más que el dolor que de la Cruz emana, me lleva a Ti el amor que de ella brota, y más me angustia la maldad humana que el ver tu carne por los clavos rota.

Conmuéveme, Señor, tu frente herida; lléname de aflicción tu sacrificio; mas llanto vierto al contemplar vestida de fiesta a una ciudad por tu suplicio.

¿El cielo, tras la Cruz, Señor, no abría sus puertas para ti? ¿No tu agonía era la nave que a él te condujera?

Mientras que, ante la Cruz, ¡oh Cristo mío!, ¿no es cierto que en su enorme desvarío se suicidaba una nación entera?

CLAUDIO GUTIÉRREZ MARÍN.

ta ni a las exigencias de la necesidad ni a los antojos del espíritu.

Por otra parte, ensombrecidos cada día más los horizontes de una nueva era de paz que anhelan todos, pero dejando a salvo sus egoísmos nacionales, incomprensible paradoja y complicada madeja que se empeña en explicar y desenredar la famosa Liga de Naciones, verdadera *concha vacía*, como la llamó un periódico inglés (1), y que no conseguirá más que consiguió el tantas veces fracasado Tribunal de La Haya; para el filósofo, porque no es posible armonizar los intereses encontrados de los pueblos mientras haya pueblos egoístas, que los habrá mientras haya hombres; para el historiador, porque el tiempo ha enseñado que la guerra es innata a la Humanidad, como lo son las pasiones que la provocan; para el cre-

## ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

### Precios de suscripción:

Un año . . . . .	8 pesetas
Seis meses . . . . .	4 »
Extrajero: Un año . . . . .	15 »
» Seis meses . . . . .	8 »
América: Un año . . . . .	2 dólares
» Seis meses . . . . .	1 dólar

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.  
Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero ó 1.º de Julio.

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

### REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4

APARTADO 4024

TELÉFONO 33.590

(1) *Daily Express*, 7 de Diciembre de 1926.



# «¡Verdaderamente, es éste el Hijo de Dios!»



A atracción poderosa de Jesucristo sobre el mundo, anunciada por los profetas y por Él mismo como prueba de su divinidad, y ese silencio de la esperanza, que dice bien claramente que a ella ha sucedido la posesión de lo esperado, son un testimonio indestructible de que Jesucristo es Dios.

Jesús comienza a realizar toda su acción evangélica. A dondequiera que dirija sus pasos le seguirán las miradas del pueblo y los ojos de sus jefes. Del Norte al Sur, de los confines de Idumea al Hermón, del Occidente al Oriente, del Gran Mar, como se llamaba entonces al Mediterráneo, hasta las vastas llanuras del reino árabe de Aretas, la Palestina es sabedora de que ha surgido un nuevo Profeta, que a sí mismo se llama Hijo de Dios.

Todo lo que empequeñece el corazón y obtura el entendimiento: la envidia, los celos, las pasiones mezquinas, suscitan contra Jesús abierta oposición. Con rarísimas excepciones, los doctores y los ancianos, la aristocracia de la fortuna, del sacerdocio y de la ciencia, los Sumos Sacerdotes y el Sanhedrín, le declaran hipócrita guerra. El título de Hijo de Dios es precisamente el único que Jesús reivindica en su calidad de Mesías, y a pesar de que sabe que a ello va unida su sentencia de muerte, no transige, atestigua lo que es ante el pueblo y ante la autoridad, y cuando ésta solemnemente le plantea la cuestión decisiva: ¿Eres tú el Hijo de Dios? «Lo soy — contestó —, y algún día veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra de la potencia de Dios y viniendo sobre las nubes del cielo.»

Esta situación de Jesucristo en presencia del Pontífice es y será siempre la única que adoptará en presencia de la razón que, orgullosa, quiera penetrar en el intrincado laberinto de la Esencia Divina, y la incredulidad de todos los tiempos, puesta en el caso de fallar sobre la Persona de Jesús, deberá concluir como los judíos: «Ha blasfemado; reo es de muerte.» La soberbia anula la inteligencia. Mirada la obra de Jesús en sí misma es de tal suerte incomparable, que la obra de todos los genios, de todos los héroes, de todos los santos, ante la obra de Cristo, es una gota

de agua que se pierde en la inmensidad del Océano. Por consiguiente, no hay respeto, no hay agradecimiento que sean capaces de pagar la deuda que le reconocen la inteligencia y el corazón; es menester un sentimiento que sea infinito como el beneficio; es menester creer en Él y adorarlo.

Es verdad que Jesús en su Evangelio nos

juraron en vano borrar de la faz de la tierra hasta el nombre mismo de Jesucristo? Declamaciones saturadas de sofismas, hipótesis aéreas, narraciones truncadas, falsedades notorias...

Mientras estas doctrinas han pasado sobre la tierra precipitándose unas sobre otras en el abismo del descrédito y de la muerte, la verdad capital subsiste integra

y salvadora, y del uno al otro polo, en inmensa ondulación, lleva y devuelve el eco las palabras del Eterno Padre Dios: «Éste es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias», confirmación de las del Ángel el día de la Encarnación: «Se llamará Hijo del Altísimo».

Subid al Calvario. El Hijo del Hombre pende de la Cruz; la tierra se conmueve, el aire se agita, el sol se oscurece y las tinieblas cubren la tierra. O la Naturaleza se derrumba o el Hijo de Dios está sufriendo, clama un sabio. En torno de la Cruz, los principes del pueblo, ciegos ante tanto testimonio de la divinidad del Crucificado y de la ira del cielo contra su crimen, lejos de pedir perdón, insultan al moribundo Jesús, mientras Jesús los perdona. La Naturaleza, herida en lo más delicado de su ser, vibra con los últimos alientos de aquella vida divina, y luchando con las tinieblas descubre al fin, con los ojos de su inteligencia, alumbrada con los débiles resplandores de aquellos ojos divi-

nos que se apagan, el sentimiento que impulsa a la razón a reconocer su miseria con aquella afirmación rotunda del Centurión: «¡Verdaderamente, es éste el Hijo de Dios!»

Esa palabra, que recoge en sus alas el huracán que hace bambolear las cruces del Gólgota, es llevada del uno al otro confín de la tierra; esa palabra, que después predicán los Apóstoles do quiera se esperaba a un Dios hecho amigo y salvador del hombre, atrae al mundo entero y le postra a los pies de Jesucristo, confesándole verdadero Dios.

Así exclama Rousseau, para confusión de los incrédulos: «Sí, no hay duda; si la vida y la muerte de Sócrates son propias de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son propias de un Dios.» (Emilio, libro 4.º)

JOAQUÍN GONZÁLEZ MOLINA

## ANTE JESÚS CRUCIFICADO

Quiero vivir unido, Jesús mío,  
al pie de ese madero en que te veo,  
y es mi anhelante y único deseo  
a solas contemplar tu rostro frío.

Quiero, mi Redentor, con llanto pío  
deplorar mi pasado devaneo;  
quiero tu corazón, tu amor deseo,  
tu Ser entero, mi Señor, ansío.

Quiero sufrir por Ti, prenda adorada,  
ya que muerto por mí en la cruz te miro...  
mas, ¿qué digo sufrir?, sufrir es nada...

dame que viva vida atribulada  
y al viento lance mi postrer suspiro,  
¡ay!, teniendo una cruz por almohada.

CRISTÍFERO.

manda creer bajo las palabras: «Yo soy Dios». Mas ni los judíos, testigos de vista, al par que enemigos de Jesucristo en su mayor parte, encontraron nada sólido que oponer a la veracidad del Evangelio; ni la orgullosa filosofía pagana inventó más que argucias, que condensó Celso y pulverizó Orígenes; ni el espíritu de la herejía ha podido resistir a la brillante luz de la verdad y al poderoso sentimiento de los pueblos. Todo cayó y se ha destrozado al choque de esa piedra, cuyo inmenso peso lo desmenuza (Mateo, XXI, versículo 44).

La filosofía moderna ha querido también medir sus fuerzas contra el coloso de la fe y la columna de la verdad; ha querido robar a Jesucristo su divinidad y presentarle a la conciencia del género humano como un mero hombre. Pero ¿qué argumentos, qué razones han aducido que antes no adujeran los judíos y los filósofos gentiles, amigos de los Césares, que



# « ¡ H A R E S U C I T A D O ! »



OR poco que nos detengamos en la lectura del relato bíblico en el que se hallan las palabras que nos sirven de epígrafe (Luc., XXIV, 1 al 10), bien pronto saltan a la vista las sublimes enseñanzas en él contenidas.

Aunque no existiera otra prueba del poder infinito de Cristo Jesús que ésta, ¡Ha resucitado!, bastaría para demostrar hasta la evidencia que su poder es tan ilimitado como los demás atributos que constituyen su Deidad.

Meditemos...

Resucitar es volver a la vida...

Volver a la vida supone haberla dejado por algún tiempo o haber muerto.

La muerte, tanto física como espiritual o eterna, es efecto del pecado. (Romanos, VI, 23.)

Ahora bien; en Cristo había, por la Unión hipostática, dos naturalezas unidas sin confundirse, distintas sin separarse, la humana y la divina, y según aquella, Cristo murió (Lucas, XXIII, 46), no aparentemente, sino real y verdaderamente, para que su sacrificio fuera perfecto.

Y aquí es precisamente donde la falsa, la mal llamada filosofía a imitación de los fariseos, busca remachar el clavo en el yunque de su incredulidad diciendo que Cristo murió porque era un pecador.

Pero contra esta blasfemia de la incredulidad se levanta potente y vigorosa la Palabra de Dios, *espada de dos filos*, que pulveriza los intentos satánicos de aquella y hace que la luz de la verdad resplandezca con la meridiana claridad que le comunica el Sol de Justicia.

Cristo murió, pero no como paga del pecado propio, porque era impecable, inocente, santo, sino por mis pecados, por los tuyos, por los de la Humanidad caída e inhabilitada para pagar la deuda contraída con Dios por el pecado.

La inocencia del Cristo queda plenamente probada por el testimonio de sus mismos enemigos, Pilato, el malhechor en la cruz y el Centurión. Pilato dice: «No he hallado culpa alguna en este hombre» (Lucas, XXIII, 14). El malhechor en la cruz: «... Mas éste ningún mal hizo» (Lucas, XXIII, 41). El Centurión se expresa así: «... Verdaderamente este hombre era justo» (Lucas, XXIII, 47).

¿Por qué, insistimos, murió Cristo?

Nos refiere el evangelista San Lucas aquella sublime escena que tuvo lugar en el sepulcro entre las piadosas mujeres y los dos *varones con vestiduras resplandecientes*.

— ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? — preguntan a aquellas mujeres.

— No esta aquí — siguen diciéndoles —; mas ha resucitado.

Y con el fin de enjugar las lágrimas de amargura que derramaban, por no saber dónde le habían puesto y para que las tinieblas de la duda desaparecieran de sus corazones, continúan diciéndoles:

— Acordaos de lo que os habló cuando aún estaba en Galilea, diciendo: «Es menester que el Hijo del hombre... sea crucificado, y resucite al tercer día» (Lucas, XXIV, 4 al 7).

El sepulcro está vacío, el cuerpo bendito de Jesús no está allí. Así lo atestiguan sus propios enemigos, los guardias del sepulcro, como los *varones con vestiduras blancas y las piadosas mujeres* que entraron en el sepulcro, *muy de mañana*, con el fin de ungir el cuerpo muerto de Jesús, que unas horas antes dejaron depositado en aquel lugar.

¡No está allí, ha resucitado!

Ahora bien; volver a la vida, resucitar, puede hacerse de dos maneras: o por virtud o poder de otro, o por propia virtud o poder.

¿De cuál de estos dos modos resucitó Cristo?

En el Nuevo Testamento sólo se mencionan cuatro casos de resurrección física o del cuerpo.

San Mateo (IX, 25) nos refiere la muerte de la hija de Jairo, y dice «que Jesús tomóla de la mano y se levantó»; fué Jesús quien la resucita y no ella.

San Juan (XI, 43 y 44), después de describir aquella escena patética entre Jesús y las hermanas de Lázaro, añade que Jesús dijo: «Lázaro, ven fuera». Y el que había estado muerto salió. Fué también Jesús el que le restituyó a la vida.

El evangelista Lucas nos dice en el capítulo VII, 11 al 15, que estando Jesús cerca de la puerta de la ciudad de Naín vió un difunto, hijo de una viuda, y compadecido de ella le dice: «No llores». Y acercándose tocó al féretro... y dice: «Mancebo, a ti te digo levántate». Entonces se incorporó.

Como se ve por estos relatos bíblicos, ninguna de las resurrecciones en ellos mencionados fueron por propia virtud, pues todas tres obedecieron el mandato poderoso e irresistible de Jesús.

No sucede lo mismo en la resurrección de Cristo.

Al llegar las piadosas mujeres al sepulcro y verle vacío, contra lo que esperaban, tristes y abatidas preguntan dónde han puesto al que amaban sus almas, y la contestación a sus inquisiciones fué: ¡Ha resucitado; no está aquí!

Si. En la resurrección de Cristo no ha habido un poder extrínseco a Él, como en la de la hija de Jairo, el hijo de la viuda en Lázaro, que le diga levántate, sino que *ha resucitado*, ha vuelto a la

vida por su propio y omnimodo poder.

*Nemo enim dat quod nullo modo habet.*

Nadie da lo que no tiene, según el principio filosófico, y por esta razón los primeros no volvieron a la vida por su propio poder; pero Cristo es el Autor de la vida, es la vida misma y sólo Él ha podido decir: «Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así dió también al Hijo que tuviese vida en sí mismo» (Juan, V, 26); y en otro lugar dice Jesús de sí mismo: «Yo pongo mi vida para volverla a tomar. Nadie me la quita, mas yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar» (Juan, X, 17 y 18), y por eso les es dicho a las piadosas mujeres, no que le habían resucitado, sino *ha resucitado*; viniendo a constituir estas palabras la prueba más contundente del poder infinito de Cristo.

Pero la resurrección de Cristo, ¿no tuvo otra finalidad que la de patentizar su poder infinito?

De ninguna manera. Porque el poder del Cristo (infinito) se halla probado en diferentes ocasiones durante su ministerio público entre las gentes.

La resurrección de Cristo era completamente necesaria desde otro punto de vista más transcendental e importante.

Si Cristo no hubiera hecho más que encarnar en las entrañas de María Virgen, sudar sangre en Gethsemani y morir en afrentoso patíbulo, con ser mucho, no habría hecho nada; era también *necesario* que resucitara; pues, como dice el Apóstol, de lo contrario, *nuestra fe sería vana*. Era necesario que venciera y sujetara al pecado y a la *muerte*, y solamente podía ser esto por medio del cumplimiento de su Palabra: «Que moriría, pero que al tercer día resucitaría».

¡Gloriosa resurrección, que no sólo nos hace vislumbrar el poder infinito de Cristo, sino que trae a nuestras almas el bálsamo para la enfermedad del pecado, ya que, si bien es cierto que por nuestros méritos no podemos vencer el pecado, podemos, sin embargo, decir con el Apóstol: «Todo lo puedo en Cristo, que me fortalece!» Si; Cristo, resucitando, venció al pecado, y a nosotros nos hace *más que vencedores*.

¡Ojalá que alguien se dignara posar sus ojos sobre estas mal trazadas líneas, y como consecuencia de ello sacara la salvación de su alma!

Las piadosas mujeres fueron, *muy de mañana*, al sepulcro, tristes, porque iban en busca del Cristo muerto, y sabiendo que no podrían verle si alguien no levantaba la enorme piedra que le cubría; pero su regreso del sepulcro no es así, sino que la alegría inunda sus corazones, y gozosas vuelven a anunciar, a los once,



lo que han oído del Ángel, esto es, que ha resucitado.

Y si tú, caro lector, *muy de mañana*, cuanto antes, buscas, no al Cristo muerto, sino a Cristo resucitado, y desconfiando de tus propias fuerzas crees en su poder infinito para levantar la enorme piedra que cubre tu alma en el hediondo sepulcro del pecado, y confías en que la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado, no dudes que, como aquellas mujeres, volverás de los pies de Cristo con gozo en tu alma por haber resucitado a la vida de la gracia y por la seguridad de tener la vida eterna.

FRANCISCO GARCÍA NAVARRO.

## Esfuerzo Cristiano

### Trabajo y unión.

Dom., 24 de Abril.

Mat., 2, 1-5;  
1.ª Cor., 3, 1-9.

#### Lecturas diarias.

Lunes . . . Ayuda en la oración . . . Ex., 17, 8-16.  
Martes . . . Trabajando juntos . . . Mar., 6, 7-13.  
Miércoles . . . Mentes unidas . . . 1.ª Cor., 1, 10.  
Jueves . . . Sin celo . . . 1.ª Tes., 5, 12 y 13.  
Viernes . . . Deferencia mutua . . . Fil., 2, 1-3.  
Sábado . . . Ayuda divina . . . Mat., 18, 19 y 20.

#### Sugestiones.

Para ayudar con éxito debemos amar a nuestros compañeros. Si no se hace así, cada cual trabajará para su lado, egoístamente, pensando en su propia ganancia.

Una empresa en la cual cada departamento se ocupa sólo de sí mismo, en vez de colaborar con los demás, está sentenciada a fracasar. El negocio se funda en la cooperación.

Para trabajar en compañía de ciertas personas es menester usar diplomacia. Es necesario creer en que hay algo bueno en otros y que no debemos contrariarles.

#### Ilustraciones.

Algunos ingenieros automovilistas han fracasado en mantener entre sí una franca cooperación, cada cual teniendo un concepto inferior de su compañero. Esto ha traído como resultado la falta de unidad en la fabricación de piezas para automóvil, con el consiguiente perjuicio para la industria.

#### Temas para pensar.

¿Por qué algunas personas se molestan o irritan con otras? ¿Qué trabajo social reclama cooperación? ¿Qué bien obtenemos de la unión y el trabajo?

### Sociedades infantiles.

Aficionaos a lo que es bueno.

Dom., 24 de Abril.

Rom., 12, 9-11.

Los cristianos estamos llamados a dar buen ejemplo en todo, debemos mostrarnos como leales e íntegros ciudadanos de nuestra Patria en este mundo y trabajar por todo lo que contribuya a su verdadero progreso.

¿Por qué estamos llamados a ser buenos ciudadanos? ¿En qué cosas tenemos que mostrar nuestra ciudadanía? ¿Cómo podemos contribuir al mejoramiento de nuestro pueblo?

## CULTOS EVANGÉLICOS

### MADRID

#### Jueves Santo.

*Seis de la tarde.* - Iglesia del Redentor, Beneficencia. Culto de Comunión. Sermón: «Cristo, nuestra Pascua» (F. Cabrera). - Iglesia Bautista, Lavapiés, 13. Culto y Sermón: «Un poco más adelante» (J. Nogal).

*Ocho de la noche.* - Iglesia de Jesús, Calatrava. Culto y Sermón: «Hacia Gethsemani» (J. M. Gorria). - Iglesia del Salvador, Noviciado. Culto y Sermón de Pasión. - Iglesia de Chamberí, Trafalgar. Culto y Sermón «La Crucifixión». - Iglesia Bautista, López de Hoyos, 100. Culto y Sermón (F. Fernández).

#### Viernes Santo.

*Once de la mañana.* - Iglesia de Beneficencia. Culto y Sermón: «Las Siete Palabras» (J. M. Gorria). - Iglesia de Calatrava. Culto y Sermón: «Camino del Calvario» (Teodoro Flíedner). - Iglesia de Noviciado. Culto y Sermón: «Las Siete Palabras». - Iglesia de López de Hoyos. Culto y Sermón: «Las Siete Palabras» (Fernández, Morillas y Nogal).

*Seis de la tarde.* - Iglesia de Beneficencia. Culto y Sermón: «Mater Dolorosa» (F. Cabrera). - Iglesia de Lavapiés. Sermón: «Las Siete Palabras» (J. Nogal).

*Ocho de la noche.* - Iglesia de Calatrava. Culto y Sermón: «En la cima del Gólgota» (J. Flíedner). - Iglesia de Trafalgar. Culto y Sermón: «Las Siete Palabras». - Misión de la Trinidad, Mesón de Paredes, 27. Sermón: «Las Siete Palabras» (M. Medina).

### BARCELONA

#### Jueves Santo.

*Ocho de la noche.* - Iglesia de San Pablo, Diputación, 38. Culto y Sermón de Pasión.

#### Viernes Santo.

*Once de la mañana.* - Culto y Sermón sobre «Las Siete Palabras».

## Escuela Dominical

### Pedro en la Transfiguración.

24 de Abril.

Mar., 9, 2-10;  
2.ª Ped., 1, 16-18.

TEXTO ÁUREO: *Y vino una voz de la nube que decía: Este es mi Hijo amado: a Él oíd.* - Mar., 9, 7.

La confesión de Pedro había marcado una época en la educación que Jesús daba a sus discípulos. Ahora que sabían cuál era su verdadera naturaleza y gloria, debían irse preparando a la idea, tan extraña como triste para ellos, de que el Mesías había de padecer y morir una muerte cruel. Era una prueba muy fuerte para su fe. Y Jesús quiso ayudarles a sufrirla. Este parece haber sido el objeto de la Transfiguración, y así parece indicarlo la frase: «Se transfiguró delante de ellos».

No se sabe con certeza cuál fué el monte alto donde la gloriosa escena tuvo lugar. Opinan muchos comentadores que fué el monte Hermón, el más elevado de Palestina, con cimas cubiertas de nieve todo el año. Allí, mientras oraba, Jesús fué transfigurado, brillando su rostro como el sol y sus vestidos más que la nieve; los evangelistas no encuentran palabras ni comparaciones adecuadas para describir la escena. Por un momento, la gloria escondida de Jesús se hacía visible e irradiaba a través de su santo cuerpo y aun de sus humildes vestiduras.

Moisés y Elías, representando la Ley y los Profetas, se aparecieron también en gloria y hablaban con Él de «su salida» que iba a realizar en Jerusalem, de la misteriosa muerte, a través de la cual iba a partir de este mundo para volver a su Padre.

Era una escena para contemplada en adoración y en silencio. Pero Pedro no podía callar ni podía dejar de proponer alguna idea. Sentía el deseo de que aquella experiencia se prolongara, y para prolongarla propuso un plan infantil. Los mismos discípulos harían en un momento tres cabañas, para su Maestro y para los gloriosos aparecidos, y así podrían seguir allí. Como dice el Evangelista Marcos (que, según la tradición, escribió bajo la dirección del mismo Pedro), el impetuoso discípulo «no sabía lo que hablaba». Más tarde comprendería que no era «bien» quedarse allí, mientras un mundo dolorido y pecador gemía por remedio y consuelo. Los momentos de comunión con Cristo y de visión más clara de su gloria tienen por objeto prepararnos para los días de humilde trabajo o de dura prueba.

La culminación de la escena está en la voz de Dios, dando testimonio de su Hijo. Grandes como eran para los judíos Moisés y Elías, ocupan aquí un lugar muy subordinado ante el Hijo amado de Dios, el objeto de su eterna complacencia. La voz divina nos manda oír la voz de Cristo. Si Él es el Hijo amado de Dios, oírle a Él es oír a Dios. Debemos oírle cuando nos enseña, cuando nos invita, cuando nos amonesta y cuando nos manda. «La tierna voz del Salvador» nos habla, si queremos escucharla, y nos guía por el camino que conduce a la felicidad eterna.



# Literatura instructiva, edificante y amena.

## ESTUDIOS BÍBLICOS

**Concordancia Greco-Española del Nuevo Testamento**, compilada por Hugo M. Petter. — Una completa enumeración de todos los casos en que se usa cada vocablo griego del Nuevo Testamento, con indicación de las diferentes formas en que se traduce en la versión de Cipriano de Valera. 595 páginas a dos columnas.

En tela . . . . . Ptas. 27,75  
Lomo y conteras morocco . . . . . » 40,—

**Cómo se hizo el mundo**, por L. Gaussen. — El primer capítulo del Génesis estudiado a la luz de las más seguras y fundadas enseñanzas de la ciencia. 164 páginas.

En rústica . . . . . Ptas. 2,—  
En tela . . . . . » 3,50

**Los Cuatro Evangelios y los Hechos de los Apóstoles**, con notas aclaratorias e ilustraciones de Harold Copping. Notas breves, pero muy útiles, para explicar circunstancias de lugar, tiempo, costumbres, etc., y para apuntar importantes lecciones prácticas. Ilustraciones artísticas y reverentes.

En cartóné . . . . . Ptas. 1,50  
En tela . . . . . » 3,—

**Filosofía del plan de la salvación**. — El autor, antiguo librepensador, ofrece en esta obra el hilo que le ayudó a salir del laberinto de la duda.

160 páginas. . . . . Ptas. 2,—

## BIOGRAFÍAS

**Juan Calvino: su vida y su obra**, por C. H. Irwin, M. A. — Biografía bien documentada del gran reformador de Ginebra, con un estudio de su carácter, de su enseñanza y de su influencia en el mundo religioso y en la vida de las naciones protestantes. Muchas ilustraciones.

En rústica . . . . . Ptas. 3,—  
En cartóné . . . . . » 3,50

**Raimundo Lulio, primer misionero entre los musulmanes**, por Samuel M. Zwemer. — La vida y obra del gran filósofo, poeta, místico y misionero mallorquín, que se adelantó a su siglo en la empresa de llevar el conocimiento de Cristo a los musulmanes. Con un prólogo de R. E. Speer y numerosas ilustraciones.

En rústica . . . . . Ptas. 2,50  
En tela . . . . . » 3,50

**David Livingstone, o id por todo el mundo**. — Interesante biografía del gran misionero y explorador que abrió camino al Evangelio y a la civilización en África. 164 páginas, con ilustraciones y artística cubierta.

En rústica . . . . . Ptas. 2,50  
En cartóné . . . . . » 3,—  
En tela . . . . . » 4,—

**La reina blanca de Okoyong (María Slessor)**, por W. P. Livingstone. — La vida de una misionera escocesa que transformó por completo una región salvaje del África. Con muchas ilustraciones.

En rústica . . . . . Ptas. 2,50  
En cartóné . . . . . » 3,50  
En tela . . . . . » 4,—

**Tamate. Vida y aventuras de un héroe cristiano**, por R. Lovett. — La vida y trabajos de Jaime Chalmers, «el Livingstone de Nueva Guinea». Narración llena de movimiento, de interés y de estímulo espiritual. 186 páginas.

En rústica . . . . . Ptas. 3,—  
En tela . . . . . » 4,50

## NOVELAS HISTÓRICAS

**Recuerdos de antaño**, por Emilio Martínez. — Interesante relato, fundado en gran copia de datos históricos, de los trabajos, sufrimientos y martirio de los reformistas españoles del siglo XVI. Cautiva la atención desde el primer capítulo. Nueva edición con retrato del autor, una fotografía del estandarte de la Inquisición de Sevilla y dibujos de Marco. 408 páginas.

En rústica . . . . . Ptas. 5,—  
En cartóné . . . . . » 6,—  
En tela . . . . . » 7,—

**Los hermanos españoles**, por Débora Alcock. — Narración más novelesca, aunque rigurosamente exacta en su parte histórica, de la misma época y asunto que la anterior. 404 páginas.

En rústica . . . . . Ptas. 4,50  
En cartóné . . . . . » 5,—  
En tela . . . . . » 6,—

**El Doctor Adrián**, por Débora Alcock. — Una historia de los Países Bajos en los días del Príncipe de Orange y de las luchas por la libertad religiosa. 394 páginas.

En rústica . . . . . Ptas. 4,—  
En tela . . . . . » 5,50

**Aplastado, pero vencedor**, por Débora Alcock. — La historia de los últimos días y del martirio de Juan Huss, el héroe de Bohemia, entrelazada con una trama novelesca interesantísima. 400 páginas. Numerosas ilustraciones.

En rústica . . . . . Ptas. 4,—  
En cartóné . . . . . » 5,—  
En tela . . . . . » 6,—

## HISTORIETAS INTERESANTES

**Martín el pescador**, por José Moreno Córdoba. — Describe la transformación obrada en un hombre y en su hogar por el poder del Evangelio. 208 páginas, con cubierta en colores.

En rústica . . . . . Ptas. 2,—  
En tela . . . . . » 3,—

**En los días de Abd-el-Kader**, por N. Gerber. — Narración llena de movimiento y de vida, muy a propósito para muchachos. 128 páginas. Con ilustraciones.

En rústica . . . . . Ptas. 1,50  
En cartóné . . . . . » 2,—  
En tela . . . . . » 2,50

**En el País del Sol**, por Cristina Roy. — Una historia encantadora de un niño que encuentra en la montaña un Nuevo Testamento cuya lectura hace una obra maravillosa. Con ilustraciones de Méndez Bringa.

En rústica . . . . . Ptas. 2,—  
En cartóné . . . . . » 3,—  
En tela . . . . . » 4,—

**Glaucia, la esclava griega**, por E. Leslie. — La historia de dos hermanos atenienses en los días del Apóstol Pablo. 160 páginas.

En rústica . . . . . Ptas. 2,—  
En tela . . . . . » 3,—

**Sociedad de Publicaciones Religiosas. - Calle de la Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID**